

DE BAYONA A BAILÉN: PRIMERA ESTANCIA DE JOSÉ BONAPARTE EN MADRID

Francisco Luis DÍAZ TORREJÓN¹

1. *En pos de una corona*

LOS turbulentos sucesos del motín de Aranjuez –acaecidos durante la noche del 17 al 18 de marzo de 1808– desvelan la crisis crónica de la situación española y determinan, como efecto inmediato, el advenimiento al trono del Príncipe de Asturias con el título de Fernando VII, tras la forzada abdicación de su padre, Carlos IV.² Las anómalas –cuando no ilegales– circunstancias de este relevo regio obligan al nuevo monarca a buscar el reconocimiento exterior y entonces considera que acaso podría bastar con la aquiescencia de Napoleón, emperador de la mayor potencia europea. Esta necesidad, más que deseo, mueve a Fernando VII en pos de una entrevista con el dignatario francés y acepta, con el torpe consentimiento de sus consejeros privados,³ ir al encuentro del emperador conducido por el general Anne Jean Savary quien, «...*conjugant perfidie et bonhomie...*»,⁴ lo arrastra a una encerrona fatal. El miércoles 20 de abril de

¹ Asociación para el Estudio de la Guerra de la Independencia (A. E. G. I.).

² TORENO, conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Imprenta de La Correspondencia de España, Madrid, 1862, t. I, pp. 27 y ss.

³ Dichos consejeros son el canónigo Juan Escóiquiz, los duques del Infantado y de San Carlos, los marqueses de Ayerbe, de Múzquiz, de Guadalcázar y de Feria, el conde de Villariezo, el ministro Pedro Cevallos y Pedro Gómez Labrador. IBÍDEM, t. I, p. 40.

⁴ «...*conjugando perfidia y bondad...*». *Dictionnaire Napoléon*. Bajo la dirección de Jean Tulard, Librairie Fayard, París, 1999, t. II, p. 733.

1808, Fernando VII llega a Bayona con un amplio bagaje de ingenuidad y desde entonces deja de ser una dignidad regia para convertirse en un prisionero bonapartista.

Conocida la negativa actitud de Napoleón, Carlos IV –quien, a decir del padre Alvarado, «...no supo usar de las facultades de rey como debía...»⁵ se apresura a ponerse en camino con el permiso de Joachim Murat, lugarteniente general del reino, y corre a Bayona esperanzado en recuperar la corona que forzosamente había cedido a su hijo. Confiaba en la supuesta ecuanimidad del emperador.

Pero Napoleón –al que, por cierto, ambición no le faltaba– jamás podía ser árbitro de una situación que tiene en sus manos. Más bien todo lo contrario, porque las coyunturales circunstancias favorecen sus pretensiones anexionistas, al parecer gestadas desde meses atrás, en concreto desde que a mediados de noviembre de 1807 enviara a España al conde Claude Philippe de Tournon-Simiane en misión de espionaje.⁶ Por algo le había confiado «...observer en route, des Pyrénées à Madrid, l'opinion du pays sur ce qui vient de se passer en Espagne...».⁷

Con los Borbones españoles en poder de Napoleón, comienza lo que cierto autor denomina «...la tragicomedia de Bayona...».⁸ El emperador juega las bazas en beneficio propio y, bajo severas coacciones, consigue que Fernando VII restituya la corona a su padre,⁹ para luego obligar a Carlos IV a cederle los derechos de la monarquía hispana.¹⁰ Ante la difícil situación de España, Napoleón adopta una actitud mesiánica y se auto-proclama «Regenerador de la Patria»,¹¹ términos que no son más que un recurso semántico tras el que esconde sus verdaderas intenciones anexionistas.

⁵ ALVARADO, fray Francisco de (El Filósofo Rancio): *Cartas críticas que escribió el Rmo. Padre Maestro Fr. Francisco Alvarado, del orden de predicadores*. Imprenta de E. Aguado, Madrid, 1824, t. I, p. 74.

⁶ «Informes sobre España (diciembre 1807 a marzo 1808) del gentilhombre Claudio Felipe, conde de Tournon-Simiane, al emperador Napoleón I», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1955, t. CXXXVII, pp. 315 y ss. Traducción, comentarios y notas de Manuel Izquierdo Hernández.

⁷ «...obsevar en marcha, de los Pirineos a Madrid, la opinion del país sobre lo que acaba de suceder en España...». GRANDMAISON, Geoffroy de: *L'Espagne et Napoléon*. Librairie Plon, París, 1908-1931, t. I, p. 112.

⁸ DÍAZ-PLAJA, Fernando: *Fernando VII*. Editorial Planeta, Barcelona, 1992, p. 51.

⁹ Archivo de la Real Chancillería de Granada. Real decreto de 6 mayo de 1808, cabina 321, leg. 4374, pieza nº 13.

¹⁰ *Gazeta de Madrid*. Martes 24 de mayo de 1808, nº 49, p. 491.

¹¹ Archivo de la Real Chancillería de Granada. Proclama de 25 de mayo de 1808, cabina 322, leg. 4441, pieza nº 18.

Bien es cierto que Napoleón jamás había pretendido reinar en España, sino que tenía reservado semejante destino para alguien muy próximo a su persona. Así, en la proclama dirigida al pueblo español el 25 de mayo de 1808, el emperador francés desvela sus propósitos acerca de España y anuncia la determinación de poner dicha corona «...*en las sienas de otro yo mismo...*»,¹² con lo cual está confirmando que va a sentar en el trono español a un monarca de su propia sangre, o sea a un Bonaparte. A tenor de esta determinación, la prensa patriótica se apresura a manifestar –en contraataque propagandístico– que Napoleón envía a Madrid a «...*un órgano ciego de su voluntad y de sus caprichos...*».¹³

El emperador no alberga dudas sobre el destinatario del cetro de España y desde el principio concibe verlo en el puño de uno de sus hermanos. Por tanto, excluía de la terna a Joachim Murat, gran duque de Berg y de Clèves, que sólo era su cuñado,¹⁴ pese a que éste lo deseaba con todas sus fuerzas y aun creía contar con los máximos votos por la condición de lugarteniente general del reino. Sin embargo, Napoleón encuentra inesperados problemas a la hora de adjudicar la corona española, porque no contaba con ciertas negativas que afectan a sus planes iniciales. Acaso sorprendido, se ve obligado a mudar de proyecto cuando Louis y Jérôme Bonaparte –quienes ya reinaban en Holanda y Westfalia repectivamente– rechazan el ofrecimiento y se oponen a permutar sus tronos por el de España.¹⁵ Entonces, Napoleón –en el último intento– recurre a su hermano primogénito, José, con la certeza de que no se opondrá a sus deseos. Bien sabe que renunciará al trono de Nápoles –cuyo reino gobernaba desde febrero de 1806– antes que contradecirlo, porque, a decir del barón Du Casse, «...*Joseph aimait et admirait Napoléon...*».¹⁶ Puede decirse, por tanto, que José acepta la corona de España en un gesto de obediencia, más que en un acto de ambición personal de canjear el humilde trono napolitano por la grandeza del solio español.

Atento a la llamada imperial, José Bonaparte viaja de incógnito desde Nápoles con el séquito de sólo tres carruajes, y el martes 7 de junio de 1808

¹² IBÍDEM.

¹³ *Diario de Granada*. Viernes 8 de julio de 1808, nº 35.

¹⁴ El 20 de enero de 1800 había contraído matrimonio en París con Caroline Bonaparte, la hermana menor de Napoleón. ROQUE, Louis de la: *Catalogue historique des généraux français, connétables, maréchaux de France, lieutenants généraux, maréchaux de camp*. Bureaux du Bulletin Héraldique de France, París, 1896-1902, t. II, pp. 129 y 130.

¹⁵ CASSE, baron Albert du: «Documents inédits relatifs au Premier Empire. Napoléon et le roi Joseph», en *Revue Historique*, París, 1879, t. X, pp. 115 y 349.

¹⁶ «...*José quería y admiraba a Napoleón...*». IBÍDEM, p. 349.

se encuentra en el camino con Napoleón, quien había salido a recibirle a algunas leguas de Bayona.¹⁷ José entra en dicha ciudad ya como rey de España y de las Indias, pues el día anterior –6 de junio– un decreto imperial había oficializado su nombramiento.¹⁸ A la vista de los hechos, el destino de España se resuelve en Bayona. Por eso, en los círculos patrióticos más encendidos se dice con tanto sarcasmo como impotencia que «...*Bayona es el teatro que el emperador ha elegido para dar y quitar reynos, no de otro modo que el palacio de los duques en la famosa historia de Don Quixote fue el teatro donde éste proveía sus ínsulas baratarias...*».¹⁹

Tras descender del coche en el que viajan, ambos hermanos entran al castillo de Marrac, donde aguarda un grupo de españoles presentes en la ciudad bayonesa por decisión imperial. Napoleón necesita revestir con tintes de legalidad el nombramiento regio de José, y para ello había convocado una «Asamblea de Notables», compuesta por ciento cincuenta diputados procedentes de los estados noble, llano y eclesiástico y originarios de las distintas provincias españolas.²⁰ De todos los representantes citados, sólo viajan y concurren en Bayona sesenta y cinco, que son –en definitiva– los mismos que reciben a José Bonaparte en aquel salón de Marrac.

En decreto de 25 de mayo de 1808, Napoleón había prometido para España «...*una constitución que concilie la santa y saludable autoridad del soberano con las libertades y los privilegios del pueblo...*»,²¹ y para su redacción –o, mejor dicho, para su asunción, porque estaba de antemano diseñada por el emperador– se abren las sesiones el 15 de junio en el palacio del obispado viejo de Bayona,²² bajo la presidencia de Miguel José de Azanza y las secretarías de Mariano Luis de Urquijo y Antonio Ranz Romanillos.²³

El 6 de julio de 1808, al cabo de doce largas sesiones, nace el Estatuto –apellidado «de Bayona»– con el carácter de código fundamental del estado español bonapartista. En resumidas cuentas, resulta una constitución de trece títulos y ciento cuarenta y seis artículos que erige a España en una

¹⁷ DUCÉRE, E.: «Arrivée à Bayonne du roi Joseph», en *Bulletin de la Société des Sciences & Arts de Bayonne*, Bayona, 1906, pp. 157 y 158.

¹⁸ «Decreto Imperial de 6 de junio de 1808», en *Gazeta de Madrid*, Martes 14 de junio de 1808, n° 57, pp. 568 y 569.

¹⁹ *Diario de Granada*. Jueves 29 de septiembre de 1808, n° 118.

²⁰ *Gazeta de Madrid*. Martes 24 de mayo de 1808, n° 49, pp. 491 y ss.

²¹ Archivo de la Real Chancillería de Granada. Decreto imperial de 25 de mayo de 1808, cabina 322, leg. 4441, pieza n° 18.

²² *Gazeta de Madrid*. Sábado 30 de junio de 1808, n° 102, p. 933.

²³ *Gazeta de Madrid*. Martes 21 de junio de 1808, suplemento, p. 620.

monarquía hereditaria asignada a la dinastía de los Bonaparte,²⁴ en una nación confesionalmente católica, apostólica y romana,²⁵ y en un estado con estructuras diferenciadoras entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial.²⁶ Por consiguiente, el estatuto de Bayona aparece como la carta magna de un sistema autoritario, donde la figura del rey sigue siendo el centro del estado y su principal órgano de gobierno, con lo cual la moderación propugnada era más aparente que real. Por eso, no falta razón a Gabriel H. Lovett cuando dice que el estatuto de Bayona es «...de naturaleza menos liberal de lo que se ha solido decir...».²⁷

Por fin, el jueves 7 de julio de 1808, José Bonaparte jura la flamante constitución sobre los evangelios y es consagrado rey de España y de las Indias por el arzobispo de Burgos, Manuel Cid Monroy, con el título de José Napoleón I.²⁸ Con este acto, Napoleón da por resuelta la crisis gubernamental española y cree apuntarse un triunfo definitivo, pero es pronto para cantar victoria, porque el futuro guarda aún muchas sorpresas.

2. Corte y gobierno

Nadie ignora que la sumisión fraternal había decidido, a la postre, el relevo de los Borbones, y desde primera hora José Bonaparte es consciente de la responsabilidad contraída, como confiesa en cierta carta institucional: «...hemos aceptado la carga que se nos ha impuesto por medio de la cesión a Nos hecha (...) por S. M. el Emperador de los franceses (...), nuestro augusto hermano...».²⁹ Por voluntad ajena, José asume su destino y entonces sólo le queda tomar posesión efectiva de la corona española. De inmediato proyecta su viaje a Madrid con el ánimo repleto de esperanzas, sin duda esperanzas inducidas por la opinión de algunos de los diputados presentes en Bayona que le aseguraron alegremente que «...España entera acogería con entusiasmo al nuevo soberano...».³⁰ Pero José no podía aventurarse a pisar suelo español con la única fuerza de un nombramiento regio

²⁴ Estatuto de Bayona. 6 de julio de 1808, título II, art. 2.

²⁵ IBÍDEM, título I, art. 1.

²⁶ IBÍDEM, títulos VI a XI, art. 27 a 114.

²⁷ LOVETT, Gabriel H.: *La Guerra de la Independencia y el nacimiento de la España contemporánea*. Ediciones Península, Barcelona, 1975, t. I, p. 121.

²⁸ *Gazeta de Madrid*. Miércoles 13 de julio de 1808, nº 85, pp. 795 y 796.

²⁹ *Gazeta de Madrid*. Jueves 21 de julio de 1808, nº 93, p. 858.

³⁰ DÍAZ TORREJÓN, Francisco Luis: *Cartas Josefinas: Epistolario de José Bonaparte al conde de Cabarrús (1808-1810)*. Fundación Genesian, Sevilla, 2003, p. 35.

cuestionado y de dudosa legalidad. Su situación podía ser comprometida porque todo el mundo sabía que Napoleón «...*ha conquistado más con sus intrigas que con sus armas...*».³¹ Necesita el respaldo de una estructura con apariencia oficial que, a la vista de todos, destierre la imagen de un rey desnudo y sin apoyos camino del trono. Precisa rodearse de aquellos elementos que confieren carácter a toda monarquía, y por eso invierte los primeros momentos como rey de España en perfilar las bases de la futura corte bonapartista.

Antes de abandonar Bayona, José adjudica los destinos de su Casa Real y distribuye entre la nobleza allí presente los distintos puestos de la servidumbre palatina. Así, Lorenzo Fernández de Villavicencio, duque del Parque, es designado —por real decreto de 7 de julio de 1808— capitán de la Real Guardia de Corps;³² Agustín Fernández de Híjar Silva y Palafox, duque de Híjar, gran maestro de ceremonias; Diego Fernández de Velasco, duque de Frías, mayordomo mayor; Carlos Gutiérrez de los Ríos, conde de Fernán-Núñez, montero mayor; Andrés Arteaga, marqués de Ariza y Estepa, sumiller de corps; y los duques de Osuna, de Soto-Mayor y del Infantado, el marqués de Santa Cruz y los condes de Orgaz y de Castel-Florido ocupan los restantes empleos de palacio.³³

Pero no todos eran españoles en la incipiente corte del rey José. El flamante monarca también se rodea de un grupo de personajes extranjeros que le habían servido fielmente en Nápoles, entre los cuales cabe señalar a Charles Saligny, duque de San Germano; Paul Félix Ferri-Pissani, conde de San Anastasio; y André François Miot, conde de Melito, entre otros. Algunos de ellos incluso son premiados antes de entrar en territorio español, como es el caso de Saligny, quien recibe el grado de teniente general de los reales ejércitos y la dignidad de grande de España.³⁴

Sin embargo, la constitución de una corte más o menos reluciente no asegura, por sí sola, la corona sobre las sienes de José. El nuevo rey precisa viajar a España con cierta consistencia administrativa en el equipaje y por eso, antes de partir de Bayona, también refuerza su advenimiento al trono español con un soporte gubernamental. Por real decreto de 7 de julio de

³¹ *Gazeta Ministerial de Sevilla*. Martes 27 de septiembre de 1808, n° 35, p. 275.

³² «Real decreto de 7 de julio de 1808», en *Gazeta de Madrid*, Miércoles 13 de julio de 1808, n° 85, p. 796.

³³ MERCADER RIBA, Juan: *José Bonaparte, Rey de España (1808-1813). Estructura del Estado Español Bonapartista*. C. S. I. C., Madrid, 1983, p. 68; MARTIN, Claude: *José Napoleón I. «Rey Intruso» de España*. Editora Nacional, Madrid, 1969, p. 159.

³⁴ «Real decreto de 7 de julio de 1808», en *Gazeta de Madrid*, Miércoles 13 de julio de 1808, n° 85, p. 796.

1808, José configura un gobierno –siempre con la aquiescencia de Napoleón– integrado inicialmente por ocho gabinetes ministeriales, del total de diez previstos en los artículos del título VI del estatuto de Bayona, al caso sancionado el día anterior.³⁵

José Bonaparte ajusta la organización de su primer gobierno al modelo de la administración borbónica, con la única e innovadora excepción de dar cabida en él a un ministerio secretaría de estado que, importado de Francia, sea «...*el centro de unidad donde deben existir todas las resoluciones y decretos originales...*».³⁶ Dicho ministerio ocupa el eslabón intermedio del conducto administrativo entre el rey y los demás gabinetes ministeriales, con lo cual su introducción en el sistema gubernamental español constituye –según Antón del Olmet– «...*la última y más perfecta expresión del centralismo francés, llevada a cabo por el despotismo imperial napoleónico...*».³⁷

Completan este primer gobierno josefino otros siete departamentos encajados en el orden de los ministerios tradicionales, que se reducen a las carteras de Negocios Extranjeros, Interior, Indias, Guerra, Marina, Hacienda y Justicia.³⁸

José Bonaparte adjudica la titularidad de los distintos gabinetes a los personajes «...*de mejor concepto y de mérito distinguido del país...*»,³⁹ de modo que puede decirse que la elección de los ministros fue la más acertada de todas las posibles en aquellas circunstancias. Valga referir que muchos de ellos habrían desempeñado destinos ministeriales en los últimos gobiernos borbónicos y, por tanto, eran individuos de sobrada experiencia administrativa.

Al ministerio secretaría de Estado es llamado Mariano Luis de Urquijo y Murga, antiguo embajador y ministro de Carlos IV, quien accede al puesto gracias a la inclinación bonapartista que había demostrado como secretario de la asamblea de Bayona.⁴⁰ En el ministerio de Negocios Extranjeros es confirmado el mismo individuo que ejercía el cargo con Fernando VII, es decir, Pedro Cevallos y Guerra, «...*hombre frío y generalmente impenetrable...*» que nunca fue del total agrado de Napoleón.⁴¹ Para el ministerio del

³⁵ *Estatuto de Bayona*. 6 de julio de 1808, tít. VI, art. 27 y 28.

³⁶ «Real decreto de 7 de julio de 1808», en *Gazeta de Madrid*, Miércoles 13 de julio de 1808, n° 85, p. 797.

³⁷ ANTÓN DEL OLMET, Fernando de: «La Secretaría de Estado de Josef Bonaparte», en *La España Moderna*, Madrid, 1913, n° 295, p. 65.

³⁸ «Real decreto de 7 de julio de 1808, en *Gazeta de Madrid*, Miércoles 13 de julio de 1808, n° 85, p. 797.

³⁹ ARTOLA GALLEGO, Miguel: *Los afrancesados*. Ediciones Altaya, Barcelona, 1997, p. 94.

⁴⁰ RAMÍREZ DE VILLA-URRUTIA, Wenceslao: *El Rey José Napoleón*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, Madrid, 1927, pp. 34 y ss.

⁴¹ MARTIN, 1969, p. 153.

Interior el rey señala a Gaspar Melchor de Jovellanos, quien por sus convicciones patrióticas luego niega todo colaboracionismo y rechaza el nombramiento. El ministerio de Indias recae en Miguel José de Azanza, hombre de eminente talla política –acaso el más distinguido de todos los ministros– que había sido titular de Hacienda del anterior gobierno fernandino y había ejercido como presidente de la Asamblea de Notables.⁴² En el ministerio de la Guerra se mantiene quien lo desempeñaba con el último Borbón, al caso el teniente general –de origen irlandés aunque nacido en La Habana– Gonzalo O’Farrill y Herrera.⁴³ El ministerio de Marina –que bien «...hubiera podido suprimirse, porque no quedaban ya barcos ni marinos...»⁴⁴ es confiado al prestigioso y veterano almirante vasco José de Mazarredo y Gortázar.⁴⁵ El ministerio de Hacienda es asignado a Francisco Cabarrús y Lalanne, hacendista y financiero francés nacionalizado español.⁴⁶ Y, finalmente, para el ministerio de Justicia el rey José nombra al anciano Sebastián Piñuela, hombre que a la sazón había ocupado la secretaría de Gracia y Justicia con Carlos IV y en la junta presidida por Murat.⁴⁷

Acaso no falten razones a Grandmaison para decir que los personajes elegidos por José «...représentaient la fleur des hommes d’état de l’Espagne...»,⁴⁸ pero también conviene referir que dichos ministros carecían de nexos ideológicos capaces de constituir un gobierno monolítico, porque no todos profesaban la misma vocación innovadora ni la misma predisposición colaboracionista con el nuevo régimen. El tiempo y las circunstancias descubrirán el verdadero talante de cada uno de ellos.

3. Hacia el trono de España

Con la elección de una corte y un gobierno, José Bonaparte cree tener resuelta la soledad de su nombramiento regio y afronta con relativa seguridad y confianza el camino que ha de llevarle al trono de España. Ya no cabe más determinación que emprender sin demora el viaje a Madrid. España

⁴² RAMÍREZ DE VILLA-URRUTIA, 1927, p. 32.

⁴³ «Real Decreto de 7 de julio de 1808», en *Gazeta de Madrid*, Miércoles 13 de julio de 1808, n° 85, p. 797.

⁴⁴ RAMÍREZ DE VILLA-URRUTIA, 1927, p. 43.

⁴⁵ «Real decreto de 7 de julio de 1808», en *Gazeta de Madrid*, Miércoles 13 de julio de 1808, n° 85, p. 797.

⁴⁶ IBÍDEM.

⁴⁷ IBÍDEM.

⁴⁸ «...representaban la flor de los hombres de Estado de España...». GRANDMAISON, t. I, p. 260.

aguarda. Todo está preparado para la marcha y a las cinco de la mañana del sábado 9 de julio de 1808 el rey José parte de Bayona con un largo séquito,⁴⁹ al que se había incorporado Napoleón para despedir a su hermano en Bidart, cerca de la frontera española.⁵⁰ El emperador conoce la ardua tarea encomendada a José y acaso en un gesto de agradecimiento, si no de compasión, le coloca sobre el pecho en el momento de la despedida «...*une petite croix d'officier de la Legion d'Honneur qu'il portait sur son uniforme...*».⁵¹ Napoleón no ignora que José marcha hacia un reinado de incertidumbres.

A mediodía del mismo 9 de julio, la caravana regia atraviesa el puente sobre el Bidasoa y penetra en territorio español. Hasta entonces todo transcurre con la mayor tranquilidad. Compone la comitiva cerca de un centenar de carruajes, cuya marcha alineada sigue el orden siguiente: en el primer coche viajan los generales Charles Saligny y Stanislas Girardin d'Ermenonville, que precede al que ocupa el rey José con uno de sus ayudantes de campo; detrás circula el vehículo del duque del Parque, recién elegido capitán del la Real Guardia de Corps y chambelán de servicio; le sigue otro con el secretario del gabinete Jean Deslandes y Bienvenu Clary, sobrino político del monarca; y a continuación, en sendos carros, viajan los ayudantes de cámara Maillard y Christophe, el coronel y edecán Garpard de Clermont-Tonnerre, el conde Claude Philippe de Tournon-Simiane, algunos de los ministros electos, los grandes de España, los empleados del servicio de la Casa Real y, por último, parte de los diputados españoles que habían asistido a la Asamblea de Bayona.⁵²

Ningún viaje regio carece de protección y seguridad, y en este caso la columna que conduce a José Napoleón I transita fuertemente escoltada. Cerca de mil quinientos soldados imperiales custodian la marcha del rey y, para blindar el convoy ante cualquier amenaza, se sitúa a la cabeza una brigada de Caballería –mandada por el general Christophe Antoine Merlin– compuesta por un escuadrón del gran duque de Berg, media compañía de Lanceros polacos de la Guardia y el 9º escuadrón de marcha, mientras que cubren la cola dos batallones de los regimientos n^{os} 2 y 12 de Infantería ligera a las órdenes del general Louis Emmanuel Rey.⁵³

⁴⁹ DUCÉRE, E.: «Joseph Napoléon. De Bayonne à Vitoria», en *Bulletin de la Société des Sciences & Arts de Bayonne*, Bayona, 1899, p. 71.

⁵⁰ *Gazeta de Madrid*. Jueves 14 de julio de 1808, n^o 86, p. 802.

⁵¹ «...una pequeña cruz de oficial de la Legión de honor que llevaba en su uniforme...». CASSE, baron Arbert du: «Documents inédits relatifs au Premier Empire. Napoléon et le roi Joseph», en *Revue Historique*, París, 1879, t. X, p. 350.

⁵² DUCÉRE, 1899, p. 72.

⁵³ CLERMONT-TONNERRE, Gaspard de. *L'expédition d'Espagne 1808-1810*. Librairie Académique Perrin, París, 1983, pp. 77 y 78. DUCÉRE, 1899, p. 72.

En San Sebastián concluye la primera etapa y allí José Bonaparte y su larga comitiva pernoctan en los alojamientos dispuestos por el general Miguel Ricardo de Álava, habilitado a la sazón como «mariscal de logis».⁵⁴ Los primeros pasos de José por tierras españolas presagian una feliz acogida al cambio dinástico, porque en la frontera el nuevo soberano había sido agasajado por una numerosa diputación de Navarra y en Irún, Oyarzún y demás pueblos del tránsito la real persona fue cumplimentada con «... honores militares, civiles y eclesiásticos...».⁵⁵

Pero este esperanzador recibimiento es un espejismo fugaz que se desvanece como una cortina de humo. Antes de llegar a Vitoria, José advierte que el país está conmocionado por la sospechosa abdicación de los Borbones y, sobre todo, por el sangriento desenlace del 2 de mayo madrileño. La brutal represión del mariscal Murat en la capital de España había excitado un clima de hostilidad contra la política de Francia y, por derivación, contra todos los franceses presentes en la península. No es el mejor momento para asir el cetro de España y de inmediato José da cuenta –en carta fechada en Vitoria el 11 de julio de 1808– a Napoleón de la enrarecida realidad española: «...el espíritu del país se presenta muy mal...».⁵⁶

Pese a los malos augurios, José Bonaparte hace una declaración de intenciones y con los mejores propósitos llama a la concordia en una proclama, dada en la capital alavesa el 12 de julio: «...Españoles, reuníos todos; ceñíos a mi trono; haced que disensiones intestinas no me roben el tiempo, ni distraigan los medios que únicamente quisiera emplear en vuestra felicidad...».⁵⁷ José pronuncia estas palabras con escasa convicción y, con toda seguridad, es consciente de que hace un llamamiento vano. La situación es irreversible y sabe que ya nada ni nadie pueden impedir que su persona sea el blanco de la aversión patriótica, que en tales momentos es casi tanto como decir de toda la población española. A su pesar, se ha convertido en el heredero de los ambiciosos errores de Napoleón.

Cada paso dado en suelo español confirma la hostil realidad y acrecienta la decepción de José, quien se convence por momentos de que es un monarca sin súbditos. La adversa actitud del pueblo le impacta traumáticamente y la impresión de sentirse despreciado le lleva a lamentarse con pro-

⁵⁴ MIOT DE MELITO, André François: *Mémoires du comte Miot de Melito*. Michel Lévy frères libraires-éditeurs, París, 1858, t. III, p. 10.

⁵⁵ *Gazeta de Madrid*. Jueves 14 de julio de 1808, n° 86, p. 802.

⁵⁶ CAMBRONERO MARTÍNEZ, Carlos: *El Rey Intruso*. Librería de los Bibliófilos Españoles, Madrid, 1909, p. 79.

⁵⁷ «Proclama del 12 de julio de 1808», en *Gazeta de Madrid*, Sábado 16 de julio de 1808, n° 88, p. 819.

funda tristeza en los términos siguientes: «...no se encuentra un español que se muestre partidario mío, excepto el reducido número de personas que han asistido a la junta y que me acompaña en el viaje...». ⁵⁸

Este decepcionante panorama –ya de por sí penoso– se ve acentuado con el primer gesto de desafección importante, dada la talla intelectual y política del personaje en cuestión. En semejantes circunstancias, José es especialmente sensible a la negativa de Gaspar Melchor de Jovellanos, quien rechaza el nombramiento de ministro del Interior en cuanto tiene noticia de ello. ⁵⁹ Alegando razones de salud, Jovellanos niega su participación en el gobierno josefino y elude todo colaboracionismo con el régimen bonapartista.

Todo el patrimonio de adhesión que José Bonaparte posee entonces se reduce al puñado de españoles que marchan, junto a él, en el centenar de carruajes que componen la comitiva regia. Por tanto, las aclamaciones populares que refieren las gacetas afrancesadas no son más que alardes propagandísticos, sin ningún fundamento de verosimilitud. ⁶⁰ En realidad, la tibieza más absoluta media en los recibimientos, porque –según el conde de Toreno– «...las calles estaban en soledad y desamparo, y no había nadie para recibirle sino las autoridades, que pronunciaban discursos, forzados por la ocupación francesa...». ⁶¹

José Napoleón I no podía resistirse a la cruda evidencia y a cada metro que avanzaba en territorio español, mayores eran las muestras de desafección. Las pruebas están ante sus ojos y, por consiguiente, no caben engaños. Ante la generalizada repulsa, José llega a decir con incontenible amargura que vive una situación histórica singular: «...aquí no tengo ni un solo partidario...». ⁶²

Aún contribuyen a acentuar la antipatía popular contra el nuevo rey los excesos que, por estas fechas, vienen cometiendo en Castilla las tropas del mariscal Jean Baptiste Bessières, y entre todos ellos tienen especial repercusión los sangrientos desmanes perpetrados el 14 de julio de 1808 en Medina de Rioseco, donde multitud de paisanos «...fueron asesinados sin

⁵⁸ Citado en CAMBRONERO MARTÍNEZ, 1909, p. 79.

⁵⁹ Carta 16 julio 1808, en: JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: *Obras completas. Correspondencia (abril 1801-setiembre 1808)*. Edición crítica, introducción y notas de José Miguel Caso González, Instituto Feijoo y Ayuntamiento de Gijón, Oviedo, 1988, t. IV, p. 558.

⁶⁰ Véanse, al caso, los números de la *Gazeta de Madrid* correspondientes a los días comprendidos entre el 14 y el 20 de julio de 1808.

⁶¹ TORENO, 1862, t. I, p. 119.

⁶² *Mémoires et correspondance politique et militaire du roi Joseph*. Publicadas, anotadas y puestas en orden por A. du Casse, Perrotin libraire-éditeur, París, 1853-1854, t. IV, p. 367.

distinción de sexo o edad...». ⁶³ José Bonaparte prosigue imparable la marcha y aunque la escolta armada garantiza su seguridad personal, nada pueden hacer los soldados imperiales para ahuyentar los miedos e incertidumbres que le acompañan.

4. Al final del camino

Tras catorce etapas de decepcionante viaje, José Napoleón I llega a las proximidades de Madrid sumido en la mayor desmoralización y pesimismo. La experiencia del camino no invitaba más que al desencanto. El rey estaba preparado para lo peor.

A las seis y media de la tarde del miércoles 20 de julio de 1808, la larga caravana regia entra en la capital por la Puerta de Alcalá, ⁶⁴ y entonces José halla en el ambiente la confirmación de todos sus temores. El soberano encuentra un Madrid indolente –y acaso despreciativo– con su persona por el tributo de sangre cobrado a hierro y fuego el reciente 2 de mayo. Aún flotaban en el aire el dolor y la rabia. Pese a la orden del Consejo de Castilla, pocas casas estaban engalanadas con colgaduras y el carruaje real transitaría por las calles matritenses «...*en medio del más profundo desvío de la población...*». ⁶⁵ Sólo la tropa francesa rompía la soledad de las calles, tendida a lo largo de la carrera más por prevención que por honores. El conde Miot de Melito, que presencia este gélido recibimiento desde el séquito josefino, asegura que «...*le silence et la contenance dédaigneuse des habitants de Madrid furent (...) frappants...*». ⁶⁶

En esta ocasión, la prensa afrancesada también se esfuerza en maquillar la realidad con mentiras y falsedades. De ningún modo fue vistosa la entrada del monarca en la capital del reino, como declara la *Gazeta de Madrid* en sus páginas. ⁶⁷ Jamás podía serlo. José Bonaparte –que por naturaleza no era insensible a las adulaciones– asume resignadamente la indiferencia del vecindario, según se colige de la primera carta dirigida a su poderoso hermano desde Madrid: «...*je n'ai pas été reçu par les habitants de cette ville*

⁶³ ROUX, Georges: *La guerra napoleónica de España*. Espasa-Calpe, Madrid, 1971, pp. 71 y 72.

⁶⁴ Lettre de Joseph à Napoléon. Madrid 20 juillet 1808 à 11 heures du soir. Archives Nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

⁶⁵ MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Memorias de un setentón*. Tebas, Madrid, 1975, p. 57.

⁶⁶ «...el silencio y la serenidad desdeñosa de los habitantes de Madrid fueron (...) impresionantes...». MIOT DE MELITO, 1858, v. III, p. 12.

⁶⁷ *Gazeta de Madrid*. Jueves 21 de julio de 1808, n° 93, p. 860.

comme je le fus par ceux de Naples...». ⁶⁸ Desde luego, su entrada en la capital napolitana el 15 de febrero de 1806 había sido muy distinta, ya que allí fue recibido con toda clase de solemnidades y en loor de multitudes. ⁶⁹ Sin embargo, José comprende en su fuero interno la actitud del pueblo madrileño y con toda sensatez admite que no podía esperarse otra cosa después de la actuación de Murat, porque «...*tout ce qui a fait ici le 2 mai est odieux...*». ⁷⁰

Al fin, José Napoleón I llega al palacio real y hay quien diga que lo hace con un suspiro de alivio, ya que no soportaba ni un segundo más sentirse el blanco de tanto menosprecio. Allí, al pie de la berroqueña escalinata, aguardan sus ministros y algunos nobles afectos para acompañarle al interior de la magna residencia, donde José halla un anhelado refugio a su desgracia.

El rey Bonaparte comprende, desde el principio, la urgente necesidad de ganar adictos y los días inmediatos a su entrada en Madrid son enteramente consagrados a audiencias y recepciones. En frenética actividad, convoca a los presidentes y gobernadores de los consejos, a los generales y a relevantes miembros de la nobleza. No escatima esfuerzos para granjearse el apoyo de las principales instituciones civiles y militares, dado que reconocía con tristeza —a la vista de la situación general— que «...*aún no podía ser amado por sus súbditos...*». ⁷¹ Trabaja sin descanso desde el siguiente día de su llegada y las audiencias son interminables, como confirma su correspondencia privada con Napoleón: «...*j'ai reçu beaucoup de monde aujourd'hui...*». ⁷²

En este tiempo, José no sale del palacio real. Aunque la afrancesada *Gazeta de Madrid* exalta las intensas ocupaciones que lo mantienen en reclusión, ⁷³ este encierro regio puede interpretarse como un mero mecanismo defensivo de José para no afrontar la realidad de la calle y huir del choque emocional producido por el doloroso desengaño.

Situación tan tensa y comprometida exige, cuanto antes, la proclamación pública del nuevo rey. Se espera que el acto produzca favorables

⁶⁸ «...*no he sido recibido por los habitantes de esta ciudad como lo fuí por los de Nápoles...*». Lettre de Joseph à Napoléon. Madrid 20 juillet 1808 à 11 heures du soir. Archives Nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

⁶⁹ F. (M. de): «José Bonaparte», en *La Alhambra, periódico de Ciencias, Literatura y Bellas Artes*, Granada, 1839, t. II, p. 454.

⁷⁰ «...*todo lo que ha hecho aquí el 2 de mayo es odioso...*». Lettre de Joseph à Napoléon. Madrid 24 juillet 1808 à 11 heures du soir. Archives Nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

⁷¹ MARTIN, 1969, p. 175.

⁷² «...*he recibido a mucha gente hoy...*». Lettre de Joseph à Napoléon. Madrid 21 juillet 1808 à 10 heures du soir. Archives Nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

⁷³ *Gazeta de Madrid*. Sábado 23 de julio de 1808, n° 95, p. 877.

efectos sobre los ciudadanos y entonces, con la mayor premura, se preveen y organizan las celebraciones para el lunes 25 de julio de 1808, coincidiendo con la festividad de Santiago, «...*patrón de las Españas...*». ⁷⁴

Convocadas las autoridades civiles y militares en el ayuntamiento de Madrid a las cuatro y media de la tarde, y dispuestas en larga comitiva con escolta de tropas francesas y españolas, se dirigen consecutivamente hacia cuatro céntricos enclaves de la capital –plaza de Oriente, plaza Mayor, plazuela de las Descalzas Reales y plaza de la Villa– donde han de verificarse los actos de dicha proclamación. ⁷⁵ Alabarderos, alguaciles en traje de goliella, maceros emplumados, carrozas engalanadas y caballos enjaezados –todos al ritmo de timbales y clarines– completan el acompañamiento y realizan el boato de las ceremonias.

Encabezan y presiden el cortejo el corregidor Pedro de Mora y Lomas y el conde de Campo Alange, Manuel José de Negrete, ⁷⁶ en el papel de portador del estandarte real por sustitución. Verdaderamente correspondía por derecho enarbolar el pendón regio a Vicente Joaquín de Moscoso y Guzmán, conde de Altamira y marqués de Astorga, por la condición de Alférez Mayor de Madrid, pero este hombre se había excusado por razones de salud, que luego no resultarían ser más que escrúpulos patrióticos. Se trata de la primera muestra de desafección –abierta y desvelada– de un grande de España, a cuya dinastía pertenecía el derecho histórico de portar y tremolar el estandarte real en las proclamaciones de los reyes de España. La actitud de Vicente Joaquín de Moscoso constituye un gesto de rechazo a la figura de José Bonaparte y, según la propaganda nacionalista, niega toda participación en esta ceremonia «...*para no deshonrar sus manos ni envilecer sus labios con un acto infame a que se le pretendía obligar por un supuesto Rey...*». ⁷⁷ Desde este momento, el conde de Altamira –fiel exponente del Antiguo Régimen– es un proscrito y milita en la oposición antibonapartista más radicalizada. ⁷⁸

⁷⁴ IBÍDEM.

⁷⁵ «Relación de lo ocurrido en la tarde del 25 de julio, con motivo de la proclamación del Rei nuestro Sr. D. Josef Napoleón I, Rei de las Españas y de las Indias», en *Gazeta de Madrid*, Miércoles 27 de julio de 1808, n° 99, pp. 904 y 905.

⁷⁶ Meses más tarde, este hombre permutaría –por gracia de José Napoleón I– el título de conde por el de duque de Campo Alange.

⁷⁷ *Gazeta de Madrid*. Martes 6 de septiembre de 1808, n° 120, p. 1120.

⁷⁸ El conde de Altamira y marqués de Astorga llegaría a ejercer el puesto de presidente de la Junta Suprema Central tras la muerte del conde de Floridablanca. Archivo de la Real Chancillería de Granada, comunicación de 21 de mayo de 1809, cabina 321, leg. 4357, pieza n° 88.

Detenido el cortejo en los sitios fijados de la capital, el conde de Campo Alange asciende a los tablados allí erigidos al efecto y tremola el pendón real a la voz de: «... *Castilla, Castilla, Castilla por el Rey nuestro Señor, que Dios guarde, Don Josef Napoleón I...*». ⁷⁹

Puede decirse, en definitiva, que las ceremonias de proclamación de José Bonaparte como rey de España fueron actos anodinos y repletos de huera escenografía, porque estuvieron rodeadas de tanta pompa como de escasa asistencia de público. El mismo mocarca reconoce esta realidad, y prueba de ello es que en carta personal a Napoleón –fecha el día de los actos– confiesa que «...*tout a été médiocrement...*». ⁸⁰

Sin apoyo popular un trono carece de firmeza, y José advierte la necesidad de captar adictos si no quiere sustentar el suyo sobre arenas movedizas. La mejor forma de sintonizar con el pueblo es mediante la concesión de gracias y, desde luego, el soberano sabe que podía avanzar mucho en este sentido si regalara a los madrileños en sus aficiones y gustos. José utiliza entonces el entusiasmo español por la fiesta de toros como estrategia política y aprovecha la coyuntura de su proclamación para autorizar algunos festejos, prohibidos desde 1805 por pragmática sanción de Carlos IV. ⁸¹ Con evidente interés, no sólo se anuncian funciones taurinas para los días 27 y 30 de julio de 1808, en sesiones de mañana y tarde, sino que también se concede la gracia de rebajar a la mitad el precio de las localidades más populares. ⁸²

La primera de las corridas anunciadas se celebra en la fecha prevista –la segunda quedará suspendida por un inesperado suceso que luego podrá verse–, y bajo la presidencia del corregidor Pedro de Mora y Lomas se corren y estoquean catorce toros de distintas vacadas por las cuadrillas de los mediocres diestros andaluces Juan Núñez «Sentimientos» y Alfonso Alarcón, alias «El Pocho». ⁸³

El pueblo no se resiste a este divertimento largamente reprimido y los madrileños –anteponiendo la devoción a los perjuicios– asisten a la corrida hasta colmar la plaza. El rey es el primer sorprendido y con cierta esperanza escribe: «... *il y a eu aujourd'hui combat de taureaux, le peuple s'y est*

⁷⁹ «Relación de lo ocurrido en la tarde del 25 de julio,...», en *Gazeta de Madrid*, Miércoles 27 de julio de 1808, n° 99, p. 906.

⁸⁰ «...*todo ha estado mediocrement...*». Lettre de Joseph à Napoléon. Madrid 25 juillet 1808. Archives Nationales de France, AF^{IV}. 1611-1.

⁸¹ COSSIO Y MARTÍNEZ-FORTÚN, José María de: *Los Toros. Tratado técnico e histórico*. Espasa-Calpe, Madrid, 1981, t. II, p. 156.

⁸² *Gazeta de Madrid*. Miércoles 27 de julio de 1808, n° 99, p. 910.

⁸³ IBÍDEM.

*porté en foule...».*⁸⁴ Pero pronto las dudas se despejan y comprende que esta masiva asistencia de público no significa un ascenso de su popularidad. El pueblo no perdona tan fácilmente.

5. *Los ecos de Bailén*

Desde su entrada en Madrid, José Napoleón I vive recluso en el palacio real y permanece aislado de todo contacto exterior por culpa, sin duda, de tantas y tan intensas decepciones. Sin embargo, el rey no pierde la esperanza de conquistar el afecto del pueblo y persevera en el trabajo día a día, aun sabiéndose el centro de aversiones y odios. José es consciente de su desagradable situación: «...*j'ai pour ennemi une nation de douze millions d'habitants, braves, exaspérés au dernier point...*».⁸⁵ Pese a tantos inconvenientes, José Bonaparte se sabía hábil para gobernar y trataba de demostrarlo desde el principio, sin atender a las adversas circunstancias. Los sinsabores de sus primeros pasos en España no parecen afectar a la disposición del rey. Más bien todo lo contrario, porque José concentra los esfuerzos en perfilar las bases de ciertas estructuras gubernamentales. Acaso vuelca las energías en el trabajo para distraer su atención de la cruda realidad. Consagra largas horas a despachar con sus ministros y emplea otras muchas en audiencias a corporaciones públicas y privadas, como la que concede el 26 de julio de 1808 al clero secular y regular de Madrid encabezado por el obispo auxiliar, Atanasio Puyal Poveda.⁸⁶

De la intensa actividad de José Bonaparte en estos días resulta el real decreto –fechado el 25 de julio de 1808– por el que se cubren las primeras plazas efectivas del Consejo de Estado,⁸⁷ cuyo cometido y composición estaban previstos en el título VIII del estatuto de Bayona,⁸⁸ así como la creación de la superintendencia general de policía de Madrid que adjudica a Pablo de Arribas y Abejón, fiscal de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte.⁸⁹

⁸⁴ «...*hoy ha habido corrida de toros, el pueblo se ha presentado en masa...*». Lettre de Joseph à Napoléon, Madrid 27 juillet 1808, Archives Nationales de France, AF^{IV}, 1611-1.

⁸⁵ «...*tengo por enemigo a una nación de doce millones de habitantes, bravos, exasperados en sumo grado...*». Lettre de Joseph à Napoléon. Madrid 24 juillet à 11 heures de soir. Archives Nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

⁸⁶ *Gazeta de Madrid*. Miércoles 27 de julio de 1808, n° 99, p. 904.

⁸⁷ «Real decreto de 25 de julio de 1808», en *Gazeta de Madrid*, Martes 26 de julio de 1808, n° 98, p. 899.

⁸⁸ *Estatuto de Bayona*. 6 de julio de 1808, tit. VIII, art. 52 a 60.

⁸⁹ «Real decreto de 25 de julio de 1808», en *Gazeta de Madrid*, Martes 26 de julio de 1808, n° 98, p. 899.

Todo el anhelo de José Napoleón I era entonces trabajar por el estado y complacer a sus súbditos, porque estaba persuadido de que «...llegaría más fácilmente a vencer a los españoles con halagos que su hermano con la pólvora...». ⁹⁰

Pero los firmes deseos y la vehemente actividad del rey José se ven interrumpidos cuando apenas lleva una semana de permanencia en Madrid. Un inesperado acontecimiento trunca sus proyectos y proporciona al presente una nueva dimensión. Los planes inmediatos del monarca se paralizan por efecto de un suceso bélico resuelto a muchas leguas de distancia de la capital de España. Contra todo pronóstico, un cuerpo del ejército imperial había sido sorprendido en tierras andaluzas y expuesto a la más humillante de las derrotas. Se está hablando de la batalla de Bailén.

El «II Corps de Observation de la Gironde» –mandado por el general Pierre Dupont de l'Étang– había partido hacia el sur peninsular a finales de mayo de 1808, con el propósito de llegar hasta Cádiz y de enlazar y proteger a la escuadra francesa del vicealmirante François Etienne Rosily-Mesros, fondeada en aquella rada. ⁹¹ Sin apenas dificultad, el ejército de Dupont alcanza Córdoba, donde debe aguardar refuerzos antes de proseguir la marcha. Allí permanece acantonado hasta que al cabo de algunas semanas –sin apoyos y agotado el tiempo de espera– se ve obligado a retroceder en precipitado repliegue hacia La Mancha. No obstante, dicha espera había reducido la capacidad bélica del cuerpo francés y antes de llegar a Sierra Morena es cazado por los más de treinta mil elementos del «Ejército de Andalucía», dirigidos por el teniente general Francisco Javier Castaños. ⁹² En franca inferioridad numérica y condicionado por insalvables adversidades, el general Dupont de l'Étang rinde las armas napoleónicas y acepta una capitulación el 22 de julio de 1808, que tiene el carácter de amarga derrota para sus veinte mil soldados imperiales. ⁹³

Mientras en Andalucía las noticias de la victoria de Bailén corren como la pólvora, por el contrario, en Madrid, todo el mundo vive ajeno a esta novedad. Sólo el rey tiene cierto conocimiento de la campaña napoleónica

⁹⁰ THIERS, Adolphe: *Historia del Consulado y del Imperio*. F. de P. Mellado editor, Madrid, 1846-1863, t. XII, p. 277.

⁹¹ BELMAS, J.: *Journaux des sièges faits ou soutenus par les français dans la Péninsule, de 1807 à 1814*. Firmin Didot frères et C^{ie}, París, 1836-1837, t. I, p. 16.

⁹² *Estados de la organización y fuerzas de los Ejércitos Españoles beligerantes en la Península, durante la Guerra de España contra Bonaparte*. Arreglados por la Sección de Historia Militar en 1821, Imprenta de la viuda e hijos de don Atonio Isasi, Barcelona, 1822, pp. 14 y 15.

⁹³ Para conocer todos los pormenores de la batalla de Bailén, véase HARO MALPESA, Jesús de: *Guerra de la Independencia. Bailén 1808. Diarios y memorias*. Ed. Valldum, Alcázar de San Juan, 1999.

en el sur español, aunque de una forma vaga y diferida en el tiempo por culpa de la distancia. Sin embargo, sería José Bonaparte el primero en tomar conciencia de la gravedad de la situación militar y quien concibiera la magnitud de aquella derrota, aún antes de lo que muchos historiadores han solido creer. José intuye que algo no va bien en Andalucía y sus temores se afirman cuando la noche del 26 de julio de 1808 es informado –por boca de un oficial llegado de Guarromán– de la muerte del general Jacques Nicolas Gobert y de cien hombres del 2º regimiento provisional de Coraceros.⁹⁴ Sabe que esto sólo es el principio y, expectante, aguarda novedades.

Las horas transforman los rumores en noticias firmes y el jueves 28 de julio José conoce perfectamente la derrota de Bailén,⁹⁵ aunque en esta fecha «...*l'officier porteur de la capitulation du G^{al} Dupont n'ait pas encore arrivé...*».⁹⁶ Hacia las cuatro de la tarde del siguiente día –29 de julio– el rey tiene confirmación oficial del desastre por medio del capitán Villoutreys,⁹⁷ prisionero de guerra en misión de mensajero que había viajado bajo escolta española hasta las puertas de Madrid.⁹⁸ Informado de los detalles de primera mano, José queda sobrecogido e inmediatamente –en la misma tarde– escribe a Napoleón: «...*Sire, personne ne peut ici concevoir la capitulation du G^{al} Dupont...*».⁹⁹ Verdaderamente este fracaso había sido excepcional y, desde luego, entre quienes menos llegan a digerirlo se halla el rey José. Se trata del primer revés importante de los ejércitos napoleónicos en Europa,¹⁰⁰ y esta particularidad no iba a pasar desapercibida. Pronto, muy pronto, se verán sus efectos.

El descalabro de Bailén desata reacciones tan graves como imprevistas y, sobre cualquier consideración, las consecuencias inmediatas son de naturaleza militar. Los ecos de la derrota se amplifican en la distancia y la realidad se magnifica hasta generar rumores, falsos y exagerados, que elevan el «Ejército de Andalucía» a más de sesenta mil hombres, sin haber cesado aún los alistamientos.¹⁰¹ José Napoleón I se deja llevar por estas infundadas

⁹⁴ Lettre de Joseph à Napoléon. Madrid 26 juillet 1808 à 11 heures du soir. Archives Nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

⁹⁵ *Mémoires et correspondance politique et militaire du roi Joseph...*, t. IV, pp. 322 y 323.

⁹⁶ «...*el oficial portador de la capitulación del general Dupont no ha llegado todavía...*». Lettre de Joseph à Napoléon. Madrid 29 juillet 1808 à midi. Archives Nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

⁹⁷ Lettre de Joseph à Napoléon. Madrid 29 juillet 1808 à 4 heures après midi. Archives Nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

⁹⁸ GIRARDIN, Stanislas: *Mémoires*. E. Michaud éditeur, Paris, 1834-1835, t. I, p. 144.

⁹⁹ «...*Señor; nadie puede concebir aquí la capitulación del general Dupont...*». Lettre de Joseph à Napoléon. Madrid 29 juillet 1808. Archives Nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

¹⁰⁰ SÉRIGNAN, comte de: «Un erreur historique. Le général Dupont à Baylen», en *Revue des Questions Historiques*, Paris, 1904, t. XXXII, p. 253.

¹⁰¹ Lettre de Joseph à Napoléon. Madrid 29 juillet 1808 à 4 heures après midi. Archives Nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

noticias y, sin poder remediarlo, sobrevalora la amenaza de las fuerzas españolas. Confundiendo temor con prudencia, el rey se precipita en decisiones inconvenientes cuando no negativas. En una carta fechada el 28 de julio de 1808 está la prueba de su ligereza y de sus desproporcionados temores: «...*je me décide à faire évacuer sur Burgos les hôpitaux de Madrid, et je me porte sur Burgos avec toutes les troupes que j'ai à ma disposition...*».¹⁰² Simples desconfianzas deciden la pérdida de la capital del reino.

En principio, el error de José Bonaparte no fue otro que dar crédito a las habladurías y ver fantasmas invencibles amenazando Madrid, un error de base que condiciona toda su actuación posterior. Luego, ante el presunto potencial militar del ejército de Castaños no cabía –en buena lógica– más que la retirada, porque poco podía hacer con los dieciocho o veinte mil franceses de la guarnición madrileña. Podría haber reforzado la defensa de Madrid con las tropas imperiales desplegadas en la mitad septentrional de la península, pero entonces corría el peligro de quedar aislado de Francia al permitir un vacío militar en dicha zona que bien podían aprovechar las fuerzas españolas. Por eso decide replegarse hacia el norte, reunirse con el II cuerpo del mariscal Jean Baptiste Bessières y situarse en las proximidades de la línea del Ebro.¹⁰³

La batalla de Bailén no sólo deriva en consecuencias militares, sino que también arrastra secuelas políticas. La inopinada determinación regia de evacuar Madrid provoca un evidente desconcierto en los círculos próximos a José Bonaparte y siembra la duda en muchas personas que aún no tienen claramente definida su filiación bonapartista. Este suceso militar es determinante en la orientación de no pocos individuos, porque estimula la desertión política y propicia –bien por temor o bien por desconcierto– la gran espantada. En semejante situación, el rey José nada podía hacer, salvo dar a cada cual –incluidos los miembros de su corte y de su gobierno– «...*entera libertad de hacer lo que más le conviniese...*».¹⁰⁴ Carecía de autoridad para retener a nadie y, de hecho, pronto cuenta a sus adictos por unidades, como refiere en carta del 30 de julio de 1808: «...*tous mes officiers espagnols m'ont abandonné, moins cinq à six personnes...*».¹⁰⁵

¹⁰² «...*me decido por evacuar a Burgos los hospitales de Madrid, y me dirijo a Burgos con todas las tropas que tengo a mi disposición...*». Lettre de Joseph à Napoléon. Madrid 28 juillet 1808. Archives Nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

¹⁰³ GROUCHY, marquis Emmanuel de: *Mémoires du Maréchal de Grouchy*. E. Dentu libraire-éditeur, Paris, 1873-1874, t. II, p. 417.

¹⁰⁴ «Memorias de D. Miguel José de Azanza y D. Gonzalo O'farrill sobre los hechos que justifican su conducta política, desde marzo de 1808 hasta abril de 1814», en *Memorias de tiempos de Fernando VII*, Edición y estudio preliminar de Miguel Artola, Ediciones Atlas, Madrid, 1957, t. I, p. 309.

¹⁰⁵ «...*todos mis oficiales españoles me han abandonado, menos cinco o seis personas...*». Lettre de Joseph à Napoléon. Madrid 30 juillet 1808. Archives Nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

A los resonantes ecos de Bailén, la corte josefina se desvanece y los grandes de España renuncian a la monarquía bonapartista pese a los juramentos de fidelidad prestados, lo que demuestra la capacidad camaleónica de la nobleza del Antiguo Régimen respecto al poder según conveniencia. Vuelven las espaldas a José Napoleón I casi todos los nobles que antes, de forma oportunista, habían buscado refugio a la sombra del trono y entonces permutan sus posiciones personajes tan señalados –muchos de ellos adscritos a la servidumbre palatina– como los duques de Híjar, del Infantado, de Alba, de Osuna, de Soto-Mayor y de Medinaceli; los marqueses de Ariza, de Camarasa y de Santa Cruz; y los condes de Castel-Florido y de Torre-múzquiz.¹⁰⁶ Al final, sólo permanece fiel a José un reducido grupo del estamento aristocrático, compuesto por el conde de Campo-Alange, el marqués de Caballero y los duques de Cotadilla, de Frías y del Parque, aunque este último se arrepiente «in extremis» y también deserta.¹⁰⁷

No son unánimes, tampoco, las actuaciones entre los miembros del gobierno josefino. Cada ministro obra según sentimientos particulares y la continuidad o el abandono son respuestas diligentes y a veces irreflexivas, determinadas por reacciones viscerales. Demuestran firmes decisiones de seguir al rey José en su retirada los ministros Urquijo, Azanza, O’Farrill y Cabarrús.¹⁰⁸ Duda José de Mazarredo, pero finalmente éste resuelve incorporarse al séquito real y también huye de Madrid.¹⁰⁹ Sin embargo, Pedro Cevallos y Sebastián Piñuela renuncian a marchar con José y dan un bandazo –desde luego, oportunista– hacia posiciones patrióticas.¹¹⁰ Cada ministro juega la baza que mejor le conviene. Por tanto, la evacuación de la capital del reino divide a los titulares ministeriales, lo que equivale a decir que Bailén descubre y ahonda las fisuras existentes en el primer gobierno josefino.

Todavía la derrota de Bailén tiene otra consecuencia, acaso más dolorosa para José Bonaparte porque afecta a su persona. En el seno del ejército imperial surgen voces disonantes contra el monarca y no pocos jefes napoleónicos cuestionan las aptitudes de José para reinar en España y dirigir las operaciones militares. Es el momento que algunos aprovechan para censurar, siempre veladamente, a Napoleón la asignación de la corona española a José en perjuicio de Joachim Murat, que era un hombre –a decir del gene-

¹⁰⁶ DÍAZ TORREJÓN, 2003, p. 52.

¹⁰⁷ *Mémoires et correspondance politique et militaire du roi Joseph...*, t. IV, p. 399.

¹⁰⁸ Lettre de Joseph à Napoléon. Chamartín, près Madrid, 31 juillet 1808 à 6 h. de matin. Archives Nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

¹⁰⁹ IBÍDEM.

¹¹⁰ *Mémoires et correspondance politique et militaire du roi Joseph...*, t. IV, p. 323.

ral barón de Marbot– «...*habitué au commandement des troupes, ainsi qu'aux périls de la guerre...*».¹¹¹ Desde entonces, la sombra de Murat planea sobre la cabeza de José. Jamás podrá desprenderse de ella.

La determinación regia de evacuar Madrid se hace efectiva el domingo 31 de julio de 1808. En la madrugada de dicho día, José Bonaparte sale de la capital, camino de Chamartín, en compañía de su estado mayor y emprende el viaje a caballo, porque ni siquiera dispone de un cochero en aquel momento.¹¹² Todos los empleados de las caballerizas reales habían desertado.¹¹³ Por consiguiente, no está mediatizada por la propaganda partidista y es rigurosamente cierta la noticia insertada en las páginas de la patriótica *Gazeta Ministerial de Sevilla*: «...*Josef se halló sin cocheros al tiempo de marchar; sus soldados tuvieron que hacer este oficio, y se dieron tan mala maña, que tomó el partido de irse a caballo...*».¹¹⁴ El rey abandona la capital casi de puntillas, porque –según Miot de Melito– «...*la sortie de Madrid fut aussi silencieuse que l'avait été l'entrée...*».¹¹⁵ José precede una evacuación que sigue en las horas inmediatas con la partida de convoyes y trenes de Artillería, escoltados por varios regimientos de a pie y de a caballo, entre ellos la Guardia Imperial.

Sin embargo, Madrid no es aún en esta fecha una ciudad absolutamente libre de presencia napoleónica. Todavía permanecen allí el gobernador militar de la plaza, general Emmanuel Grouchy, y algunas unidades imperiales en misión de guardia y escolta a los efectos que el conde de Cabarrús, como ministro de Finanzas, estaba reuniendo para ser también evacuados. Se trata, por todos los medios, de trasladar los fondos disponibles de la real hacienda a la línea del Ebro. Tras pesquisas y conminaciones, Cabarrús logra juntar un contingente económico que asciende a setecientos veintitrés mil francos en metálico,¹¹⁶ resto de un préstamo de tres millones y medio procedente de Francia, y más de nueve millones de reales en vales, pagarés, cartas de pago y libranzas de cruzadas.¹¹⁷ Tampoco se olvida el ministro en estos momentos de las joyas de la Casa Real española,¹¹⁸ tesoro tasado en

¹¹¹ «...*acostumbrado al mando de las tropas, así como al peligro de la guerra...*». MARBOT, général baron Jean Baptiste de: *Mémoires*. Librairie Plon, París, 1891, t. II, p. 44.

¹¹² Lettre de Joseph à Napoléon. Chamartín, près Madrid, 31 juillet 1808 à 6 h. du matin. Archives nationales de France. AF^{IV}. 1611-1.

¹¹³ CLERMONT-TONNERRE, 1983, p. 110.

¹¹⁴ *Gazeta Ministerial de Sevilla*. Viernes 19 de agosto de 1808, n° 24, p. 189.

¹¹⁵ «...*la salida de Madrid fue tan silenciosa como había sido la entrada...*». MIOT DE MELITO, 1858, v. III, p. 14.

¹¹⁶ Un franco equivale, en esta época, a tres reales y catorce maravedises.

¹¹⁷ *Gazeta de Madrid*. Martes 23 de agosto de 1808, suplemento, pp. 1067 y 1068.

¹¹⁸ CLERMONT-TONNERRE, 1983, p. 109.

cerca de veinticinco millones de reales, con lo cual miente el general Girardin d'Ermenonville cuando dice: «...*nous laissâmes le palais dans le même état où nous l'avions trouvé...*». ¹¹⁹ Embarcados todos los efectos, este último convoy fuertemente custodiado sale de Madrid en la madrugada del lunes 1 de agosto de 1808. Cuando José Napoleón I –situado a una jornada de marcha– parte de Chamartín hacia San Agustín del Guadalix, sabe que la hacienda ha abandonado la capital sin obstáculo alguno y respira tranquilo por la eficacia y diligencia del ministro Cabarrús. ¹²⁰ Todo está ya en camino. Con este episodio concluye, en definitiva, el primer capítulo del reinado josefino. Sin duda un capítulo breve, porque ni siquiera diez días completos había durado la permanencia de José Bonaparte en Madrid. Nunca pudo el rey imaginar tanta brevedad. Su suerte había estado echada aún antes de entrar en la capital la tarde del 20 de julio de 1808, pues entonces la batalla de Bailén es ya una realidad y José –sin saberlo– está a merced de sus consecuencias. Al final de estancia tan breve como intensa, las esperanzas se esfuman, porque –otra vez parafraseando a Miot– «...*en partant de Madrid, le monarque avait disparu; il ne restait plus qu'un général et une armée en retraite...*». ¹²¹

¹¹⁹ «...dejamos el palacio en el mismo estado en el que lo habíamos encontrado...». GIRARDIN, 1834-1835, v. I, p. 146.

¹²⁰ DÍAZ TORREJÓN, F. L. *Op. Cit.*, p. 152.

¹²¹ «...partiendo de Madrid, el monarca había desaparecido; no queda más que un general y un ejército en retirada». MIOT DE MELITO, A. F.: *Op. Cit.*, t. III, p. 15.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARADO, fray Francisco de (el Filósofo Rancio): *Cartas críticas que escribió el Rmo. Maestro Fr. Francisco Alvarado, del orden de predicadores*. Imprenta E. Aguado, Madrid, 1824.
- ANTÓN DEL OLMET, Fernando de: «La Secretaría de Estado de Josef Bonaparte», en *La España Moderna*, nº 295, Madrid, 1913.
- ARTOLA GALLEGO, Miguel: *Los afrancesados*. Ediciones Altaya, Barcelona, 1997.
- BELMAS, J.: *Journaux des sièges faits ou soutenus par les français dans la Péninsule, de 1807 à 1814*. Firmin Didot frères et C^{ie}, París, 1836-1837, 4 vols.
- CAMBRONERO MARTÍNEZ, Carlos: *El Rey Intruso*. Librería de los Bibliófilos Españoles, Madrid, 1909.
- CASSE, baron Albert du: «Documents inédits relatifs au Premier Empire. Napoléon et le roi Joseph», en *Revue Historique*, París, 1879.
- CLERMONT-TONNERRE, Gaspard de: *L'expédition d'Espagne 1808-1810*. Librairie Académique Perrin, París, 1983.
- COSSIO Y MARTÍNEZ-FORTÚN, José María de: *Los Toros. Tratado técnico e histórico*. Espasa-Calpe, Madrid, 1981, 4 vols.
- DÍAZ TORREJÓN, Francisco Luis: *Cartas josefinas: Epistolario de José Bonaparte al conde de Cabarrús (1808-1810)*. Fundación Genesis, Sevilla, 2003.
- DÍAZ-PLAJA, Fernando: *Fernando VII*. Editorial Planeta, Barcelona, 1992.
- DUCÉRÉ, E.: «Arrivée à Bayonne du roi Joseph», en *Bulletin de la Société des Sciences & Arts de Bayonne*, Bayona, 1906.
- IBÍDEM: «Joseph Napoléon. De Bayonne à Vitoria», en *Bulletin de la Société des Sciences & Arts de Bayonne*, Bayona, 1899.
- F. (M.): «José Bonaparte», en *La Alhambra, periódico de Ciencias, Literatura y Bellas Artes*, Granada, 1839.
- GIRARDIN, Stanislas: *Mémoires*. E. Michaud, éditeur, París, 1834-1835, 2 vols.
- GRANDMAISON, Geoffroy de: *L'Espagne et Napoléon*. Librairie Plon, París, 1908-1831, 3 vols.
- GROUCHY, marquis Emmanuel de: *Mémoires du Maréchal de Grouchy*. E. Dentu, libraire-éditeur, París, 1873-1874, 5 vols.
- HARO MALPESA, Jesús de: *Guerra de la Independencia. Bailén 1808. Diarios y memorias*. Ed. Valldum, Alcázar de San Juan, 1999.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: *Obras completas. Correspondencia (abril 1801-setiembre 1808)*. Edición crítica, introducción y notas de

- José Miguel Caso González, Instituto Feijoo y Ayuntamiento de Gijón, Oviedo, 1988, 5 vols.
- LOVETT, Gabriel H.: *La Guerra de la Independencia y el nacimiento de la España contemporánea*. Ediciones Península, Barcelona, 1975, 2 vols.
- MARBOT, général baron Jean Baptiste de: *Mémoires*. Librairie Plon, París, 1891, 3 vols.
- MARTIN, Claude: *José Napoleón I. «Rey Intruso» de España*. Editora Nacional, Madrid, 1969.
- MERCADER RIBA, Juan: *José Bonaparte, Rey de España (1808-1813). Estructura del Estado Español Bonapartista*. C.S.I.C., Madrid, 1983.
- MESONERO ROMANOS, Ramón de: *Memorias de un setentón*. Tebas, Madrid, 1975.
- MIOT DE MELITO, André François: *Mémoires du comte Miot de Melito*. Michel Lévy frères libraires-éditeurs, París, 1858, 3 vols.
- RAMÍREZ DE VILLA-URRUTIA, Wenceslao: *El Rey José Napoleón*. Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera, Madrid, 1927.
- ROQUE, Louis de la: *Catalogue historique des généraux français, connétables, maréchaux de France, lieutenants généraux, maréchaux de camp*. Bureaux du Bulletin Héraldique de France, París, 1896-1902, 3 vols.
- ROUX, Georges: *La guerra napoleónica de España*. Espasa-Calpe, Madrid, 1971.
- SÉRIGNAN, comte de: «Un erreur historique. Le général Dupont à Baylen», en *Revue des Questions Historiques*, París, 1904, tomo XXXII.
- THIERS, Adolphe: *Historia del Consulado y del Imperio*. F. de P. Mellado editor, Madrid, 1846-1863, 20 vols.
- TORENO, conde de: *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Imprenta de La Correspondencia Española, Madrid, 1862, 5 vols.
- Diario de Granada*.
- Dictionnaire Napoléon*. Bajo la dirección de Jean Tulard, Librairie Fayard, París, 1999, 2 vols.
- Estados de la organización y fuerzas de los Ejércitos Españoles beligerantes en la Península, durante la Guerra de España contra Bonaparte*. Arreglados por la Sección de Historia Militar en 1821, Imprenta de la viuda e hijos de don Antonio Isasi, Barcelona, 1822.
- Gazeta de Madrid*.
- Gazeta Ministerial de Sevilla*.
- «Informes sobre España (diciembre 1807 a marzo 1808) del gentilhomme Claudio Felipe, conde de Tournon-Simiane al emperador Napoleón I»,

en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 1955, tomo CXXXVII. Traducción, comentarios y notas de Manuel Izquierdo Hernández.

Mémoires et correspondance politique et militaire du roi Joseph. Publicadas, anotadas y puestas en orden por A. du Casse, Perrotin libraire-éditeur, París, 1853-1854, 10 vols.

«Memorias de Don Miguel José de Azanza y Don Gonzalo O´Farrill sobre los hechos que justifican su conducta política, desde marzo de 1808 hasta abril de 1814». en *Memorias de tiempos de Fernando VII*, Edición y estudio preliminar de Miguel Artola, Ediciones Atlas, Madrid, 1957, 2 vols